

## TEXTOS

### AMADEO JACQUES MEMORIA SOBRE EL SENTIDO COMUN

Presentación y Notas de ARTURO A. ROIG

#### LA "MEMORIA" DE AMADEO JACQUES

La *Memoria sobre el sentido común como principio y como método filosóficos* del pedagogo y filósofo Amadeo Jacques (1813-1865), quien tan importante influencia ejerció en el siglo pasado en las repúblicas del Plata, fue leída por su autor en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, el día 12 de enero de 1839.

No vamos a ubicar este trabajo de Jacques dentro del marco general de su obra y de la evolución de su pensamiento, cosa que ya hemos pretendido hacer en uno de nuestros ensayos anteriores;<sup>1</sup> tampoco intentaremos valorarlo en sí mismo, tal como hicimos con un escrito anterior de Jacques sobre el estoicismo,<sup>2</sup> pero sí quisiéramos decir algunas palabras sobre la importancia que tiene respecto de la presencia en Argentina de la llamada filosofía del "sentido común".

1 — ROIG, ARTURO ANDRES. "El pensamiento de Amadeo Jacques. Sus fuentes y su evolución". En *Cuadernos Uruguayos de Filosofía*, Montevideo, Universidad de la República, Instituto de Filosofía, Tomo IV, 1966, p. 5-14. Este trabajo, está acompañado de una "Bibliografía de Amédée Florent Jacques, p. 35-44. También puede consultarse nuestro trabajo "Amadeo Jacques. Un educador francés en el Río de la Plata", en *Américas*, Washington, vol. 18, nº 8, 1966, p. 7-13.

2 — ROIG, ARTURO ANDRES. "Los orígenes y el sentido del escrito de Amadeo Jacques sobre el estoicismo", acompañado de la "Disertación del señor Amadeo Jacques sobre el siguiente punto de historia de la filosofía: "Lo que hay de verdadero, lo que hay de falso en la moral estoica". En *Philosophia*, Mendoza, Instituto de Filosofía, nº 31, 1966, p. 29-50.

Esta filosofía, originada en Escocia, fue introducida en Francia por los eclécticos e incorporada dentro de su propia doctrina,<sup>3</sup> con la cual se divulgó por la mayor parte de la América Latina. Otra de las vías de difusión del “sentido común” —marginal a la de origen ecléctico— ha sido la obra de Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento*, aparecida en Chile recién en 1881, pero conocida parcialmente ya antes de esa fecha. Bello bebió directamente las fuentes de la filosofía inglesa y su obra es sin discusión alguna la más alta expresión del pensamiento filosófico americano del siglo XIX. Un estudio, pues, del “sentido común” en América deberá partir de estas dos principales vías de incorporación de tal doctrina.

Por otro lado, dentro de la literatura ecléctica, la difusión ejercida por Amadeo Jacques no ha sido despreciable. Muy por el contrario. Al lado de los escritos de Cousin y más que todo de Jouffroy con su traducción de las obras de Thomas Reid y su artículo aparecido en la *Revue Européenne* en agosto de 1824, titulado “De la philosophie du sens commun” que se conoció además a través de sus difundidos *Mélanges philosophiques*, el *Manuel de filosofía* de Jacques, Simón y Saisset, traducido al castellano en 1848, constituyó uno de los más eficaces vehículos de la filosofía escocesa, tal como había sido asimilada oficialmente por el espiritualismo francés de la época. Emile Boutroux en sus *Études d'histoire de la philosophie*, publicó justamente un trabajo titulado “De l'influence de la philosophie écossaise sur la philosophie française”, en donde cita el *Manual* mencionado, como uno de los exponentes de esta tendencia.<sup>4</sup>

La *Memoria sobre el sentido común* de Jacques, anterior varios años a la primera edición francesa del *Manual de filosofía* —aparecida en 1846— arroja una importante luz para la valoración de las tesis que, con un estilo más bien didáctico, aparecen desarrolladas en este último libro. En pocas palabras podemos decir que el “sentido común” escocés constituyó en su momento de mayor fuerza, el fundamento de un racionalismo deísta fuertemente optimista que pretendió haber encontrado una razón independiente de todo dogma, capaz de fundar metafísicamente la doctrina del “libre-pensamiento” y políticamente una de las más fuertes corrientes del liberalismo romántico de la época.

3 — Véase ÉMILE BOUTROUX *Études d'histoire de la philosophie*, París, Alcan, 1913, art. “De l'influence de la philosophie écossaise sur la philosophie française” y CHARLES RENOUVIER *Philosophie analytique de l'histoire*, etc. París, Leroux éditeur, 1897, tomo IV, cap. II, “La philosophie du sens commun”.

4 — BOUTROUX, op. cit., p. 438.

La evolución sufrida por el “sentido común” entre nosotros se encuentra dentro de la marcha general del espiritualismo de origen ecléctico. Rechazado por casi todos los miembros de la generación de 1837 y en particular por Juan Bautista Alberdi, para quien “La filosofía no es la ideología de Condillac ni la psicología experimental de Reid o Stewart”,<sup>5</sup> su vigencia recién es visible a partir de mediados del siglo XIX. Uno de los primeros escritores que lo asimila, es Facundo Zuviría (1793-1861), quien en su ensayo titulado “El buen sentido”,<sup>6</sup> da de él una versión dentro de su pensamiento católico. Más tarde es evidente en el “racionalismo místico” fuertemente dependiente de Lamnais y Quinet, de Francisco Bilbao (1823-1865); bajo la influencia de Jouffroy aparece también en el libro de Aditaro Heredia *Ensayo sobre filosofía moral* (1873)<sup>7</sup>; en estos tres autores, con marcadas diferencias entre ellos, el “sentido común” sigue siendo apoyo de una filosofía optimista, recostada de modo confiado en los diversos *a-priori* de la razón, ya al margen de las doctrinas de la Iglesia, o dentro de ellas.

A fines de siglo todo este pensamiento que se presenta, según hemos dicho, como fundamentalmente optimista, entra en una manifiesta crisis. Se pierde entonces aquella fe en la razón en cuanto portadora de verdades innatas y el “sentido común”, quebrado íntimamente, da lugar a la aparición de un *pesimismo espiritualista*, corriente dentro de la cual se ubican escritores tales como José María Zuviría (1830-1891), hijo de Facundo y, con relevante importancia dentro de nuestras letras, Eduardo Wilde (1844-1913).

El escepticismo ético de José María Zuviría, expresado en su libro *El siglo XIX en su evolución ante la filosofía de la historia*,<sup>8</sup> tiene sus raíces en la noción de conciencia de la escuela escocesa Acotemos de paso que la crítica a la noción ecléctica de conciencia de origen escocés, aparece —dentro del positivismo— en los primeros escritos de Agustín Alvarez (1857-1914).

En muy breves palabras, digamos que Wilde representa por un lado, un regreso a la primitiva influencia de la filosofía escocesa, tal

5 — ALBERDI, JUAN BAUTISTA. *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837). Buenos Aires, Hachette, 1955, p. 259.

6 — ZUVIRIA, FACUNDO. *Discursos morales y filosóficos*. Besanzón, Imprenta de José Jacquin, 1863, 466 p.

7 — HEREDIA, ADITARDO. *Ensayo sobre la filosofía moral*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1873, 119 p.

8 — ZUVIRIA, JOSE MARIA. *El siglo XIX en su evolución ante la filosofía de la historia*. Buenos Aires, Peuser, 1888, 540 p.

como aparece desarrollada y asimilada en Royer-Collard; mas, por el otro, significa una reducción de esta filosofía en la medida en que se quedaba únicamente con sus exigencias de experimentalismo y ponía en duda los límites y extensión del *a priorismo* con el cual los escoceses habían intentado superar toda posición escéptica y fundar una metafísica.

La filosofía del "sentido común" se encuentra asimismo presente en los escritos literario-científicos de Guillermo Enrique Hudson (1841-1922). Para éste el panteísmo aparece como un sentimiento primitivo, universal a todos los hombres, hecho que encontró confirmado con la lectura de Th. Brown, uno de los principales representantes de la filosofía escocesa, leído por él en las pampas argentinas.<sup>9</sup>

Por último, sin pretender ser exhaustivos, cabe mencionar la influencia, muy larga y de vigorosa presencia, de las doctrinas de la "escuela catalana del sentido común", extendidas a través de la crítica literaria de Calixto Oyuela (1857-1935) y claramente expresadas en sus *Elementos de teoría literaria*, aparecidos en 1885<sup>10</sup>. Agreguemos que, muy próximo de aquella escuela que hemos mencionado, se encuentra Jaime Balmes "genio catalán —al decir de Menéndez y Pelayo— paciente, metódico, mucho más analítico que sintético, e iluminado por la antorcha del sentido común"<sup>11</sup>, que tanta influencia ejerció, por su parte, dentro del desarrollo del pensamiento católico argentino.

Tenemos la seguridad de que una mayor investigación permitiría dar con otros aspectos de la vasta influencia de la doctrina del "sentido común", de la que en algún modo hemos presentado aquí ciertos aspectos de su desarrollo, en un esbozo que exige sin duda una redacción más amplia.

ARTURO ANDRES ROIG

9 — HUDSON, GUILLERMO ENRIQUE. *Allá lejos y hace tiempo*. Buenos Aires, Peuser, 1953, p. 359.

10 — OYUELA, CALIXTO, *Elementos de teoría literaria*. Buenos Aires, Angel Estrada, vigésima sexta edición, s/f 551 p.

11 — MENENDEZ y PELAYO, M. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, Victoriano Suárez editor, 1932, Tomo VII, p. 407.

# AMADEO JACQUES

## MEMORIA SOBRE EL SENTIDO COMUN

Presentación y Notas de ARTURO A. ROIG

“Un pastor, el último de los pastores, sabe tanto como Leibniz de sí mismo, del mundo y de Dios”.

Víctor Cousin, *Cours de 1828*, 2da. Lección.

*Tener sentido común* es una locución familiar que significa pensar con justeza, sin pensar con profundidad: se la aplica a esa clase numerosa y respetable de comunes y sabios espíritus que tienen justamente suficiente penetración como para adoptar la verdad en todas las cosas, sin darse cuenta mayormente de los motivos de su creencia y que si no ven muy lejos, ven bien por lo menos lo poco que ven. *No tener sentido común*, es, por el contrario, arrojarse sin discernimiento a dar opiniones extravagantes e insensatas que pueden alguna vez seducir por la osadía de la concepción, pero que repugnan a la sana razón y a la verdad; el genio mismo no escapa a tales descarríos: testimonio, el escepticismo de Hume, la *Armonía preestablecida* de Leibnitz, la *Visión en Dios* de Malebranche y tantas otras hipótesis célebres que revelan en el espíritu de sus inventores más fuerza que justeza, y en sus puntos de vista, menos rectitud que altura. Desearía explicar en esta *Memoria*, justificando su empleo, las expresiones populares cuyo sentido he traído a colación, buscar lo que confiere al *sentido común* la autoridad que se le reconoce, y si esta autoridad llegara a legitimar sus títulos, decir qué provecho puede sacar la ciencia del sentido común, cuál es la naturaleza y el alcance de los servicios que puede prestar. Mi ambición sería,

(x) Trabajo leído en la Académie des Sciences Morales et Politiques, en la sesión del día 12 de enero de 1839.

en otras palabras, la de elevar la observancia del sentido común a la altura de un principio y de un método filosóficos.

\* \* \*

El sentido común es como lo indica su nombre, el sentimiento unánime del género humano todo, sobre los hechos y las cuestiones que es dado a todos conocer o resolver; o para mayor precisión, es el conjunto de nociones y de opiniones comunes a todos los hombres, de todos los tiempos y de todos los lugares, sabios o ignorantes, bárbaros o civilizados.

Que haya, primero, tales nociones depositadas en el fondo de todos los espíritus y que este unánime acuerdo sea lo propio de ciertas opiniones universalmente aceptadas, es tan fácil de comprender como difícil de negar. La conciencia, en efecto, por la cual nos conocemos a nosotros mismos, no es un oráculo misterioso que reserva su palabra a algunos iniciados, o cuyo lenguaje tenga necesidad de intérpretes; es un obsequioso testigo que no espera que se lo interroge para hablar, y que sin ser solicitado, instruye a todos los hombres con un lenguaje inteligible y simple de todo lo que sucede dentro de ellos. ¿Existe un sólo hombre en el mundo que ignora lo que siente, las penas y los placeres que experimenta, que no los señale y hasta cierto punto no los describa? ¿Hay alguien que no sepa que piensa, que recuerda, que presta o niega su atención, que quiere y se determina? Un tal ser, si existiera, sería una deplorable y singular excepción en la especie, del que la experiencia no ha ofrecido hasta ahora felizmente ejemplo; y, por su lado, la razón no es más avara de sus luces que la conciencia y no las distribuye menos igualmente a todos los hombres; ilumina al más oscuro habitante de la más pobre aldea sobre sus deberes, sobre su naturaleza y su fin; la verdad que persigue laboriosamente el sabio, la entrega sin esfuerzo; y si esta ciencia, por así decirlo, completamente hecha en la inteligencia de los más simples, no llega hasta ese grado de profundidad donde la reflexión pretende penetrar, es por lo menos suficientemente clara como para guiar a los hombres en la práctica de la vida. Lo que el vulgo sabe de sí mismo, lo sabe sin duda confusamente y no tiene términos abstractos para expresarlo; de la solución que posee para los asuntos que le interesan, no puede dar cuenta con el lenguaje preciso de la ciencia, lenguaje del cual está ausente por lo demás toda noción confusa; y si el vulgo enuncia la solución, es mediante sus actos más bien que con sus palabras; de este vago sentimien-

to donde nada se encuentra precisado, hay distancia al conocimiento distinto y científico y veremos más tarde en qué aspecto radica su ventaja en lo que se refiere a la certeza; contentémonos en constatar aquí, entre estas dos maneras de conocer, una simple diferencia de claridad y de precisión, que sin perjudicar a la primera, favorece a la segunda.

Y si pensamos en ello, habremos de reconocer que esta común distribución de las luces de la conciencia y de la razón era una de las necesidades imperiosas de nuestra condición humana y un beneficio obligado de la Providencia respecto del mundo moral, el que no se hubiera constituido sobre esta tierra, si el conocimiento de las leyes del deber y si el respeto de estas leyes, hecho que supone la idea de Dios y la de la vida futura, hubieran sido sólo el privilegio de un pequeño número. Pues, o no hay ley que se pueda universalmente imponer a los hombres y por consiguiente no hay legislación posible, no hay penalidad legítima, no hay moralidad, no hay sociedad, o esta ley con todas las grandes verdades que implica se traza por sí misma con caracteres imborrables en todos los espíritus, en todas partes y siempre. Por ello nuestra constitución intelectual está organizada de tal manera que sin nosotros y, por así decirlo, a pesar nuestro y bajo el imperio de leyes maravillosas que la rigen, dota al hombre desde su nacimiento de todas las verdades fundamentales; por esto se puede decir con perfecto rigor que un pastor, el último de los pastores, sabe tan o como Leibnitz del mundo, de sí mismo y de Dios. Como además esta constitución intelectual que se desarrolla en nosotros es constante a sí misma y uniforme para toda la especie, obra no sólo en nosotros sino en todos de la misma manera y, por consiguiente, debe proveerles las mismas ideas, penetrarlos de los mismos principios. De ahí esta unanimidad de las naciones, consecuencia necesaria y signo evidente de la identidad del espíritu humano; de ahí también eso que se denomina *sentido común*.<sup>1</sup>

No es pues ni dudoso ni sorprendente que el sentido común, vale decir, que todos los hombres a la vez se pronuncien de común acuerdo respecto de la realidad de ciertos hechos y adopten instintivamente sin examen ni duda ciertos principios sobre los problemas aún los más elevados de lo que trata la ciencia. De este modo lo exigía nuestra condición moral; así lo ha querido la sabiduría de la Providencia. Pero como las nociones y las opiniones del sentido común, a causa misma de su carácter de encubiertas y confusas, no pueden afectar la forma clara y

explícita bajo la cual se produce la ciencia, queda por saber si a falta de este procedimiento directo de expresión, el sentido común no tiene otros por los cuales pueda manifestárenos y dejarse consultar cuando sea necesario. Ahora bien, su lenguaje es más rico de lo que se cree y trataré de establecerlo.

Las lenguas, en primer lugar, tanto por su vocabulario en lo que tiene de general, como por su constitución en lo que tiene de uniforme, son para el sentido común, un medio de expresión que no tiene nada de ambiguo ni de equívoco. Supongo que todas las lenguas conocidas, tanto las de los países bárbaros como las de los pueblos civilizados, poseen una palabra destinada a designar un objeto o un hecho, o más generalmente una idea, que será reconocida como idéntica bajo la diversidad puramente exterior de las formas con las que esté revestida: esta será, si se quiere, *pensar*, *sentir*, *querer*, que tienen seguramente su correspondiente en todas las lenguas. ¿No quiere decir esto que dicha idea existe en todas las inteligencias y, con ella, la creencia en la realidad de su objeto, puesto que todos enuncian y comprenden el término que la designa? A menos que se quiera suponer, tal vez, que pueblos extraños los unos a los otros, separados por el tiempo y el espacio, hayan coincidido por milagro en la invención de la misma quimera, o lo que sería aún más puerilmente absurdo, hayan caído ellos mismos y los demás en el eterno empleo de una palabra sin idea, de un signo sin valor significativo, es decir, de un sonido vano. La imaginación de los pueblos ha podido algunas veces dar a luz seres fabulosos, como los centauros, sin otra realidad que la de los elementos diversos cuyo fantástico ensamblamiento los constituye. Pero se puede estar seguro de entrada y el hecho no ha desmentido jamás esta previsión, que tales creaciones pertenecen propiamente a un pueblo o a varios, jamás a todos en común y que su variedad en las diferentes naciones descubrirá su verdadero origen, que no es otro que el capricho arbitrario de la imaginación; mientras que el hecho bien constatado de una sinonimia universal equivale a esta aserción explícita hecha por todos los hombres, que tal objeto es universalmente designado, existe realmente.

La presencia simultánea e igualmente universal de dos palabras en todas las lenguas no es una prueba menos concluyente de la distinción reconocida por el sentido común entre las dos ideas que representan. Si todos los pueblos tienen una palabra para significar lo *útil* y otra para expresar lo *honesto* y si ninguno de entre ellos ha confundido jamás estas dos ideas en la identidad de un término único, es aparente-

mente porque todos han creído ver en ellas una diversidad de naturaleza sin la cual la diversidad de los términos no se justifica ni se comprende.

Pero las lenguas son aun, bajo otro aspecto, la expresión del sentido común: en su constitución se manifiesta, en sus rasgos generales, el espíritu humano del que ellas son la obra y al que reflejan fielmente. La gramática general que se ocupa de sacar del seno de la diversidad de los idiomas sus elementos comunes, es pues también a su manera una especie de historia del espíritu humano y de sus leyes y el sentido común de las naciones se pone en descubierto en las semejanzas que constata. Citaré un solo ejemplo a menudo presentado: todas las lenguas del mundo tienen sustantivos y adjetivos, es decir, signos de *sustancias* y signos de cualidades, lo que prueba que todos los hombres distinguen en los objetos, dos cosas, los atributos y la sustancia.

El sentido común se manifiesta bajo una forma más sensible aún y más transparente, en las acciones humanas, en los hábitos y los usos de las naciones, en sus costumbres y en sus prácticas políticas o religiosas. En efecto, del mismo modo que la conducta exterior de un solo hombre es la imagen de sus pensamientos más íntimos y que dada aquélla se puede con seguridad concluir ésta como se concluye la causa del efecto, del mismo modo es fácil leer en la conducta de todos los pueblos, constantemente uniforme respecto de ciertos puntos, una manera de ver igualmente común sobre cada uno de estos puntos. Se trata únicamente aquí de traducir en una fórmula precisa y explícita, una expresión vulgar si se quiere, pero sin embargo clara. Así, la filosofía ha puesto más de una vez en cuestión la existencia del mundo material: el hábito indestructible de todos los hombres de conformar su manera de obrar con el testimonio de sus sentidos, expresa claramente la solución afirmativa que dan de modo implícito a esta cuestión sin habérsela jamás planteado. Entre las sociedades humanas extendidas en la superficie de la tierra, no ha llegado al conocimiento de la historia una sola que no se gobierne mediante leyes; la legislación es escrita, o simplemente oral y tradicional, según el grado de la civilización; pero existe en todas, desde aquellas que están aún en su primera infancia, hasta las que han alcanzado el más alto término de su desarrollo, tanto en las de antes como en las de hoy en día. Saco de esto la siguiente consecuencia, que pienso no se me ha de negar, que todos los hombres se creen libres puesto que todos se imponen leyes. ¿Qué quiere decir, por otro lado, el hecho de la universalidad de los cultos, cuya existencia con prácticas muy diversas, es verdad, ha sido constatada por toda

la tierra y en todas las épocas de la historia, sino que los hombres creen unánimemente en un ser superior, en un Dios que merece sus homenajes? Se deberá elegir entre esta conclusión y la hipótesis ridícula de un culto sin objeto, de una veneración que no se dirige a nada, de un temor que no teme a nadie. Podría multiplicar estos ejemplos; reduzco a esto la lista, sólo paso por ellos ligeramente, puesto que me propongo volver luego sobre el asunto. No persigo ahora otro fin que el de mostrar en los hechos, de los que acabo de señalar algunos, la expresión clara y siempre fácil de interpretar de las nociones y las opiniones del sentido común: sin perjuicio de consultar más tarde este lenguaje, me conformo con mostrar aquí sus principales signos, que son: las lenguas, su constitución, los usos de los pueblos, sus prácticas y sus costumbres políticas o religiosas.<sup>2</sup>

Ahora, puesto que es claro que la humanidad entera posee un fondo común de creencias y de ideas, pregunto si estas ideas son verdaderas o falsas y qué es necesario pensar de la legitimidad de estas creencias. Además querré saber si todos los hombres, de todos los tiempos y de todos los lugares, han podido equivocarse en conjunto del mismo modo, ser engañados a la vez por una misma ilusión, crearse el mismo fantasma imaginario para tratarlo luego como una realidad y padecer ilusiones de común acuerdo sobre los principios, de los que es continua aplicación su conducta de todos los días y de todos los instantes. Así planteada la cuestión, se resuelve por sí misma. ¿Cómo un hecho que todo el mundo ha visto, que ha impresionado todos los ojos, que todas las conciencias atestiguan, no existiría? ¿Dónde los hombres habrían obtenido la noción si nada habría en la realidad para suscitarla? O si hubieran concebido el extraño proyecto de una invención sin asidero, ¿cómo en la absoluta imposibilidad de escucharse en la que se encuentran debido a la distancia de los tiempos y de los lugares, se han juntado para forjar con los mismos elementos un ser convencional? En la justicia, como en materia de crítica histórica, la pluralidad de los testigos, sobre todo cuanto no han podido comunicarse, es considerada como una prueba irrecusable de la autenticidad del hecho atestiguado. ¿Qué será pues si en lugar de esta pluralidad siempre restringida el hecho tiene para sí la totalidad del género humano, el testimonio unánime de las naciones más ajenas las unas a las otras? Que todos los pueblos hayan adoptado el mismo principio verdadero, nada hay en esto de asombroso; lo contrario mismo sería imposible, puesto que la verdad

2 — REID, *Essais sur les facultés intellectuelles*, Ensayo I, cap. 2, trad. tomo III, páginas 53 y 54.

es una y que no hay más que una sola solución razonable para cada cuestión; pero que todos hayan abrazado la misma creencia falsa, es lo que impide suponer la diversidad inherente al error y la infinita variedad de los desvíos posibles desde que se sale un poco de la verdad. Y que no se traiga a colación como un desmentido dado a nuestras afirmaciones, ciertas creencias populares de una generalidad dudosa, como la de las hadas y la de los aparecidos; pues, primero, no son comunes a todas las épocas y no pertenecen a todas las clases; y luego cubren siempre bajo el velo de un prejuicio popular, seguramente pasajero, una verdad mal entrevista, sin duda, pero que ha servido por lo menos de pretexto a esto último y que es siempre fácil de extraer. Además, lo repito, en los límites de la verdad, la unanimidad de las opiniones es no solamente posible, sino necesaria; fuera de la verdad, la unanimidad no es ni explicable, ni aun posible: el error la rechaza.<sup>3</sup>

He aquí pues el sentido común, en el círculo en donde mediremos más tarde cuestiones que él alcanza, erigido en juez soberano e infalible. He aquí sus decisiones revestidas de una firme certeza y de una inquebrantable autoridad. Es en los caracteres mismos de las nociones del sentido común, donde es necesario buscar la razón de esta certidumbre, los títulos de esta autoridad, al mismo tiempo que los signos por los cuales se reconocen.

El carácter fundamental y constitutivo de las nociones del sentido común, aquel que acarrea e implica a todos los demás, reside en su modo de adquisición, el que excluye toda intervención de la voluntad; es, en otras palabras, su *espontaneidad*. Lo que todos sabemos, en efecto, es y no puede ser otra cosa que lo que nuestras facultades nos sugieren por sí mismas en su más natural ejercicio, sin trabajo y sin esfuerzo. Su acción es en tal caso de tal modo instintiva que pasa desapercibida para la conciencia y no deja ningún rastro en la memoria. Las nociones que son su fruto no las hemos hecho; las hemos recibido tal como vienen y en cierto modo las sufrimos a pesar nuestro. Además, como muy a menudo han sido adquiridas casi sin saberlo, puesto que su misma intimidad y su involuntaria adquisición nos las disimulan, no tienen fecha en la inteligencia que las posee. Ahora bien, sin ir más lejos, encuentro en este primer carácter de las nociones del sentido común, una segura garantía de su certeza. En efecto, ¿cómo el testimonio de nuestra inteligencia sobre la realidad sería sospechoso, cuando dejamos hablar a esta inteligencia por sí misma, sin querer hacerle

decir más de lo que ella sabe? O nuestra razón es engañadora y entonces es necesario renunciar a la verdad y resignarse al error o a la duda como a un mal sin remedio, ya que no tenemos para controlar sus decisiones más que a ella misma y a su testimonio que es para nosotros, en definitiva, la única medida de la verdad; o si no nos engaña, como es necesario creerlo bajo pena de aceptar la absurda contradicción del escepticismo, es especialmente, es aun solamente en este desarrollo libre y puro de toda intervención personal que obra con seguridad y que se coloca por encima de todo peligro de error. Cuando el hombre toma bajo su mano el gobierno de sus facultades, es posible que la dirección voluntaria que les imprime entonces, las desvíe de su rectitud natural; su debilidad lo quiere así y una experiencia desgraciadamente muy frecuente, muestra que este peligro no es imaginario. Pero cuando, en la ausencia de toda preocupación las deja marchar sin trabas y no las desvía de su destino mediante un gobierno arbitrario muy a menudo mal reglado, se adaptan solas a la verdad para la cual han sido hechas y caen precisamente en ella puesto que no lo han buscado premeditadamente.

Y esto nos descubre un nuevo carácter del sentido común al mismo tiempo que una nueva razón par confiarnos en él: me refiero a la *impersonalidad* de sus nociones. Puesto que en efecto, la razón para adquirirlas se ha desplegado en nosotros sin nuestra voluntad, puesto que se ha pronunciado *espontáneamente*, la verdad que nos ha revelado no es nuestra sino por la aparición que ha hecho en nosotros; y si en un sentido nos pertenece, en otro sentido no nos pertenece puesto que no la hemos hecho y no podemos cambiarla. No es el hombre, no es un ser débil y limitado quien ha hablado; es la razón, es Dios mismo autor y sujeto eterno de toda la razón y de toda verdad, que se ha hecho escuchar en nosotros mediante la voz de la inteligencia, posiblemente estrecha, pero no engañadora, que ha colocado en su criatura; y esta inteligencia, que no es más que un fragmento de la suya, no refleja con menos fidelidad lo poco que representa de ella. Por eso las nociones del sentido común se mantienen en su fijeza por encima del capricho de las opiniones puramente humanas, como la eterna y absoluta verdad de la cual son la imagen exacta, aunque parcial. Son espontáneas, en consecuencia, impersonales y en consecuencia, verdaderas. <sup>4</sup>

4 — V. COUSIN, *Cours de 1828*, 5ta. Lección, página 7 et sqq.— Cf. *Fragments Philosophiques*, prefacio.— Cf. *Cours de 1828*, 6ta. Lección, páginas 5-22.

De este mismo carácter de espontaneidad deriva aún aquél que hace dignas de su nombre a las nociones del sentido común y que lleva a reconocer el derecho que tiene de llevarlo, es decir, su carácter de *universalidad*; y por esta palabra entiendo aquí solamente su distribución por igual entre todas las inteligencias, su presencia en todos los espíritus, de todos los rangos y de todos los grados. Es claro, en efecto, que todo el mundo debe saber lo que nadie ha tenido necesidad de aprender; y porque la razón es un beneficio del cual ningún hombre, gracias a Dios, está desheredado, las nociones que ella nos sugiere, abandonada al movimiento natural de su actividad propia, no pueden dejar de ser comunes. El vulgo sabe tanto como el sabio que existen cuerpos y un espacio que los contiene, puesto que basta para esto obtener pasivamente el testimonio de su razón y de sus sentidos; pero las leyes del movimiento, el vulgo las ignora, puesto que para conocerlas ha sido necesario que la atención, es decir la voluntad, intervenga en el ejercicio de la inteligencia. La voluntad, tal es la verdadera y en cierto sentido la única causa de la diversidad de los espíritus y del desigual reparto de los conocimientos; la suma que cada uno posee de ellos se calcula exactamente sobre el grado de energía del esfuerzo voluntario desplegado para obtenerlos. Eliminado esta causa de semejanza, toda superioridad intelectual desaparece con la voluntad de la cual proviene y todos los espíritus retoman su lugar en la igualdad del sentido común. De donde se sigue que las nociones *voluntarias*, si se nos permite esta expresión, son al mismo tiempo *particulares* y que las nociones del sentido común, siendo *espontáneas*, son por el contrario universales. Se querrá en vano encontrar para esta regla una excepción y un desmentido en la ridícula locura de algunos espíritus enfermos que se niegan a la evidencia de las más claras nociones del sentido común y que han negado, éstos, la libertad humana para entregarse al fatalismo, aquéllos, la Providencia para arrojarse en el ateísmo, otros aún, el mundo para hacerse escépticos: pues, primero, es la reflexión, vale decir, es siempre la voluntad quien los ha conducido a tales descarríos; y sus locas opiniones, nacidas de una aplicación voluntaria, siempre atrevida puesto que puede siempre ser intemperante, han relegado las fuerzas de su espíritu a la esfera de las opiniones variables y móviles, lejos del sentido común. Luego, el desacuerdo del que se enorgullecerá el autor del sistema, es más aparente que real y considerándolo bien es sólo un artificio que puede engañarlo por un instante, pero que habrá de renunciar necesariamente a él tan pronto como vuelva desde su sistema a la vida real: la libertad que el sistema os niega, el autor del mismo os la reco-

noce a pesar de él, dándonos una orden y la reconoce para sí mismo comprometiéndose mediante una promesa; toma tan poco las cosas por quimeras, que evita con cuidado su proximidad si las sabe peligrosas y que las busca si ha experimentado su utilidad. “No he oído jamás decir —dice Reid— que un escéptico haya dado con la cabeza contra un muro o marchado por el arroyo, por no haber querido dar fe a sus ojos”. Porque, en efecto, tal es la fuerza de la verdad que obliga en cierto modo a aquellos que la desconocen a una continua negación de sus pretensiones insensatas y que obliga a los más intrépidos a confesarla mediante sus actos, cuando la niegan con sus palabras. La voluntad los ha alejado por un instante del sentido común; la naturaleza, retomando pronto su imperio, los vuelve a él; rechaza pues la naturaleza la excepción y no acepta que el sentido común pierda su universalidad. La diversidad de las formas que reviste no destruye menos aún, este carácter; dicha diversidad es el resultado inevitable de los tiempos y de los lugares, de la influencia variable de los climas, del estado cambiante de las sociedades; la forma participa en efecto de la movilidad de las circunstancias que la rodean, hecho que explica también la diferencia de las lenguas, de las organizaciones, de los usos. Pero lo mismo que del seno de la diversidad de los idiomas, la gramática general saca una lengua común; lo mismo que en medio de la diversidad de las experiencias, la anatomía descubre una fisonomía semejante cuyos rasgos constituyen el tipo físico de la humanidad, del mismo modo también, bajo esta diversidad puramente exterior y aparente de las nociones del sentido común, subsiste la identidad esencial de la razón humana. De este modo, para recordar un ejemplo ya citado, todas las religiones, tan diferentes en sus dogmas, tan variadas en sus prácticas, encubren una misma idea que se encuentra en el fondo de todas, la de un Dios real y viviente, diferentemente concebido y adorado, pero siempre respetado y siempre conocido. La universalidad se mantiene pues como la marca del sentido común a pesar de las disidencias aparentes y a pesar de las singularidades de sus formas, por variables que ellas sean.<sup>5</sup>

*Espontaneidad, impersonalidad, universalidad*, he aquí pues, en resumen, los caracteres de las nociones del sentido común. De ahí su verdad y su certeza.

Comparemos ahora con estos caracteres, aquéllos que distinguen a las nociones científicas, a fin de obtener si se puede de este paralelo entre el sentido común y la ciencia, el valor relativo del uno y del otro

5 — REID, *Essais sur les facultés intellectuelles*, Ensayo I, cap. 2, Trad. Tomo III, página 45.

y de asignar a cada uno su verdadero papel en el mundo intelectual. Lo que llama la atención, primero, en esta comparación, es una diferencia de naturaleza entre el sentido común y la ciencia que llega hasta la contradicción; de tal modo que, dada la lista de caracteres del sentido común, se puede concluir por oposición la lista precisamente igual y contraria de los caracteres de la ciencia. En cuanto a los procedimientos, el sentido común es *espontáneo*, la ciencia es *reflexiva*; si los consideráis en sí mismos, el uno es impersonal y por así decirlo, divino, el otro es puramente humano y personal; mientras que la ciencia, eminentemente individual constituye una especie de privilegio, el sentido común es la propiedad de todos y no reconoce otro dueño que el género humano; y en fin, por los resultados, si éste infalible y cierto en su fijeza, aquélla en su movilidad perpetua se mantiene frágil y dudosa.

¿Qué es necesario, en efecto, para saber lo que todo el mundo sabe, para *tener*, como se dice, el *sentido común*? Ser hombre y nada más; ver sin mirar, oír sin escuchar, ceder sin esfuerzo a la inclinación natural de su razón y dejarse impresionar por el espectáculo del mundo; en una sola palabra, conocer sin querer. A tal punto que todos nuestros esfuerzos no lograrán sustraernos a la luz irresistible y a las inevitables verdades del sentido común. ¿Qué es necesario, por el contrario, para adquirir la ciencia? Poner atención; examinar, interrogar y atormentar la naturaleza que no entrega sus más íntimos secretos sino a costa de una búsqueda laboriosa; arrancárselos a fuerza de perseverancia y mediante esta opinable investigación que exige nada menos que toda la fuerza de la voluntad la más enérgica. Antes, no podíamos negarnos saber, aun cuando no lo hubiéramos querido; aquí, quien no quiere saber, quien no lo quiere de toda gana, mantendrá siempre su ignorancia. Querer es pues la condición de conocer *científicamente*; la reflexión es a la vez el instrumento y el carácter esencial de la ciencia, como la espontaneidad es la del sentido común.

Ahora bien, no todo el mundo está llamado a este esfuerzo de la voluntad que la ciencia exige. El hombre no es libre en cuanto no puede dejar de conocer, pero es libre de no quererlo; y decir que es libre es decir que usará alguna vez esta libertad que se le ha concedido para abstenerse y mantenerse en el reposo. Además, el trabajo de la voluntad no carece de fatiga y, por otro lado, mil cuidados apremiantes que suscitan a cada momento nuestras más urgentes necesidades, vienen a distraer aquel trabajo en la mayor parte de los hombres. De que la ciencia sea reflexiva, se sigue pues que será individual y también personal, es decir que pertenecerá al hombre y será la herencia exclusiva

de una minoría de élite. Además, la ciencia y cada uno de sus descubrimientos, tienen un nombre, mientras que el sentido común no tiene ninguno; si le conviniera uno, ya se lo ha encontrado; éste no podría ser otro que el de Dios, su único autor o mejor su sustancia, Dios en quien su verdad reside y que es su único y verdadero poseedor. Pero la ciencia pertenece a tal o cual, a Aristóteles o a Leibnitz; ella, es por derecho legítimo de conquista, la propiedad de aquél que la ha encontrado. Es suya, puesto que es el precio de sus sudores; y es por esto también que lo ilustra y le da gloria.

Pero al mismo tiempo lo disminuye puesto que es limitada, como todo lo que es humano. Salida del hombre, lleva en sí un vicio original de insuficiencia y de debilidad que la condena a perecer para transformarse sin cesar, sin alcanzar jamás una forma definitiva. De ahí la incertidumbre y la movilidad de la ciencia, que me resta oponer a la certidumbre y a la fijeza del sentido común. En efecto, si el desarrollo espontáneo de la inteligencia es siempre regular, ¿cuántas causas no hay en la miserable pequeñez humana que pueden falsear su aplicación voluntaria? Primero, debe dirigir un espíritu que es poco conocido, o que se lo conoce mal; y ¿cómo conducir en esta ignorancia total o parcial de su naturaleza y de sus leyes, de sus fuerzas y de sus límites, sus actividades complicadas y moderar su ejercicio mediante un temperamento conveniente? Porque la naturaleza no es suficientemente fecunda a gusto de vuestras necesidades, queréis forzarla a rendir más de lo que da y como el escita ignorante de la fábula, la hacéis estéril mediante una cultura torpe, en lugar de utilizar sus fuerzas mediante un hábil empleo. Ya por no usar de todos sus recursos, quedáis a nivel del suelo, ya por no saber reglar su progreso, os perdéis en las nubes. Agregad a estas causas de error ya poco tranquilizadoras para la ciencia, la peligrosa influencia de las preocupaciones sistemáticas, que se convierten para el espíritu prevenido en un prisma a cuyas ilusiones no puede sustraerse y tendréis el secreto de muchos desprecios desgraciadamente muy frecuentes y siempre posibles. Cada uno aporta en la búsqueda de la verdad, en lugar de esta imparcialidad tan necesaria, sus prejuicios y sus intereses, todos los vicios de su educación, todas las falsas opiniones de su época; y sin saberlo acomoda la realidad a ello, desnaturalizándola si no se presta. Si por azar habéis evitado todos estos escollos y habéis operado tan sabiamente que nada imaginario se haya deslizado en vuestra ciencia, otro peligro os espera. La realidad es vasta y el espíritu del hombre por extendido que se lo suponga, es demasiado limitado para captar su conjunto; además, la reflexión se fatiga pronto y su esfuerzo

más enérgico, como el mejor dirigido, no llega a ponerle en posesión más que de una verdad parcial. Pero como su orgullo en confesar su debilidad le llevará a tomar esta pequeña parte de verdad por la verdad entera, tratará de explicar todo por lo poco que sabe. De allí la extravagancia de los sistemas exclusivos, tan vanos los unos como los otros en sus pretensiones opuestas. Tales son algunas de las causas que siempre han desviado la ciencia y que podrán desviarla siempre. Tal es la fuerza y la debilidad del espíritu humano, que mil veces advertido por la experiencia y por la lógica de los peligros que lo amenazan, caen en ellos sin cesar y no da a luz nada más que sistemas sin fuerza y sin duración. Así, por querer sobrepasar el sentido común en el conocimiento de la verdad, corremos el peligro de malograr la verdad y lo que tratamos de ganar en profundidad, lo perdemos en certeza. Sin la reflexión, sabríamos poco posiblemente, pero no estaríamos expuestos a equivocarnos; con la reflexión podemos saber más, pero corremos la posibilidad del error. Concluyo de esto que *la reflexión es a la vez la condición del progreso y un elemento de error*, o en otros términos, que la ciencia es reflexiva, por consiguiente personal y humana y por consiguiente, incierta y cambiante <sup>6</sup>.

Así opuestos los términos, la conclusión que surge de su confrontación sale por sí misma y dudo en detenerme en ella por ser tan patente y forzosa: el respeto del sentido común es no solamente una saludable precaución, sino un deber imperioso que le exige la inalterable verdad de aquél y la justa desconfianza donde debe colocarse respecto de sus propios procedimientos; este respeto es el primer principio y el principio más inviolable de todo método verdaderamente científico. El sentido común, en efecto, si no encierra toda la verdad posible, no contiene sin embargo nada que no sea verdad; y como la verdad bajo cualquier forma que se presente, es sagrada para la ciencia que sólo tiene valor por ella, no le es permitido ni posible destruir el sentido común. Es necesario que la ciencia lo coloque en su punto de partida, es necesario que vuelva a él y que lo reencuentre a su término. Teniendo por punto de partida el sentido común, es su derecho inalienable abandonarlo un instante para avanzar, si puede, más lejos en el conocimiento de la verdad; pero que en este viaje lleno de peligros se cuide de olvidarlo jamás y, como la estrella del navegante, la luz del sentido común esté siempre ante sus miradas para guiar su marcha atrevida; que se incline sin cesar hacia él,

6 — VICTOR COUSIN, *Cours de 1828*, 6ta. Lección, página 22 y siguientes.— Cf. 7ma. Lección, p. 1-12.— Cf. *Cours de 1829*, 2da. Lección, tomo I, p. 43-47.

para volver, en fin, a su seno. Allí está para la ciencia el único camino de salud, fuera de él no hay más que escollos innumerables y al final de los mismos una pérdida segura. Si la ciencia se separa de él un sólo paso, la fuerza del genio podrá preservarla algún tiempo del naufragio envolviéndola con su luz engañosa, pero, tarde o temprano, el sentido común desconocido, más fuerte que el genio, romperá su frágil envoltura y será el único que sobrevivirá a la ruina. Tal es el destino de la ciencia cuando se separa del sentido común; la verdad que reside en éste le confiere el poder de juzgar en última instancia con una autoridad sin límites todos los sistemas y todas las opiniones humanas: si el sentido común no mide la profundidad de aquéllos, mide por lo menos su verdad, sin la cual el sistema más profundo es tan sólo una obra vana destinada a pasar sin retorno. Delante de este tribunal supremo del sentido común, donde vendrá a comparecer, desaparecen todos los prestigios con los que la imaginación embellece sus creaciones quiméricas; despojado de los artificios que habían ocultado sus defectos, es llamado a confesar en su triste desnudez, sus resultados y sus principios, los que confrontados con el sentido común, subsisten si están conformes con él y caen para siempre si aquél los desmiente.

En vano el autor del sistema ha gastado para construirlo todo el esfuerzo del más potente espíritu; en vano ha empleado para conducirlo mediante una insensible transición hasta su última fórmula, toda la sutilidad de la inteligencia más ingeniosa; en vano ha llegado, a fuerza de arte, a colorearlo con una apariencia de verdad: lo que juzga el sentido común no son los procedimientos de la ciencia, son sus resultados reducidos a sí mismos; y sin inquietarse sobre si los procedimientos intermedios son legítimos y la serie de las deducciones ingeniosa, condena o absuelve los resultados sin apelación y con ellos los procedimientos por los que han sido obtenidos, según que estos resultados le repugnen o concuerden con él. Así ¿queréis saber lo que vale un sistema? Comparadlo con el sentido común. Ya sea la relación de identidad o de semejanza, si queréis sondear el alcance del sistema no se os dispensará de descender al examen de los detalles, de discutir o de pesar cada prueba siguiéndola en sus desarrollos. Pero antes podéis aceptarlo en concepto de verdades adquiridas por la ciencia con tal de exigir enseguida mayor penetración en el análisis, o mayor fuerza en la demostración. Si por el contrario, la relación es de oposición, pronunciad su sentencia sin dudar; en nombre del sentido común, rechazad el sistema que él desaprueba como un error insostenible; y cualquiera sea la habilidad que el sofista haya puesto para disfrazarlo, cualquiera sean las seducciones con

que haya logrado ornarlo, estad seguros que bajo el aparente rigor de las deducciones, se esconde un vicio no entrevisto posiblemente, pero sin embargo real que corrompe todo el sistema. Mejor será sin duda, para desenmascararlo por entero, descubrir su secreto; y es el deber de la crítica seguir el error en los repliegues sinuosos en los que está introducido para sacarlo a la luz. Pero aún cuando fracase en esta búsqueda, aun cuando la trama esté tan artísticamente urdida como para engañar la sagacidad más atenta, el nudo que la reflexión no puede desatar, el sentido común lo corta; y por más que no nos convenzamos de la falsedad del sofisma, no por eso deja de destruirlo. La prueba es decisiva; la ciencia para salir victoriosa de la misma, debe, repito, partir del sentido común para profundizarlo y luego volver a él.

Pero si el sentido común es el punto de partida y el fin de la ciencia, no es su límite y al imponer a ésta la condición de respetar el sentido común, no quiero suprimirla, quiero solamente consolidarla. El sentido común es siempre verdadero y el espíritu humano no se equivocaría jamás si quisiera o si pudiera atenerse a él. Pero la verdad del sentido común está envuelta en oscuridad y confusión y el espíritu humano no puede, tanto como no quiere, respetar el velo que la cubre. No le basta con saber o creer, es necesario que se dé cuenta a sí mismo de su creencia, es necesario que escrute sus profundidades, que examine sus bases con el fin de legitimarla ante sus propios ojos. El análisis es para él una necesidad tanto como la reflexión y la reflexión únicamente puede satisfacer en su más alto grado de energía y de potencia; y de tal grado es la ambición que lo atormenta que desdenando la penumbra del sentido común aspira sin cesar, al precio de su descanso y con el peligro de innumerables desengaños, a elevarse hasta la luz de la verdad científica. Lejos de mí, pues, la idea de ahogar este noble impulso y, condenando la reflexión a la inmovilidad, encadenar para siempre el espíritu humano a la verdad estacionaria del sentido común bajo el tímido pretexto de algunos desvíos posibles. Llevado hasta este exceso, la circunspección no será más que pusilanimidad pueril que querría retener la humanidad en una eterna infancia, o un vano precepto que la inteligencia, suficientemente curiosa de la verdad como para desearla aun parcialmente y al precio de algunas ilusiones, olvidaría pronto lanzándose en su búsqueda a despecho de escrúpulos de una lógica demasiado desconfiada. Además, el papel de la ciencia no se limita siempre a aclarar el sentido común o por lo menos, en más de un caso, aclarándolo lo endereza, sin destruirlo sin embargo. Así, por ejemplo, el sentido común, que no va más lejos de la apariencia y que no penetra más allá

de la superficie, cree que el Sol da vueltas y que la Tierra está inmóvil: la ciencia acepta el hecho, pero lo explica y al explicarlo lo reduce a una apariencia bajo la cual la teoría de los movimientos celestes, combinada con las leyes de la visión, descubre una verdad ignorada por el sentido común. Que la reflexión continúe pues su obra útil y gloriosa sin cansarse jamás; que la recomience sin cesar y en cada una de sus tentativas penetre un nuevo grado en la verdad. La vía del progreso que le está abierta es sin límites. Que avance en él en medio de los obstáculos, elevándose siempre de abstracción en abstracción a una forma más pura y más precisa; descomponiendo sin fin lo que ya ha descompuesto para conocerlo mejor y profundizarlo más, mejorando e interpretando sus resultados mediante un infatigable análisis. Tal es su papel y es demasiado bello como para que se quiera prohibírsele, pues, esto sería prohibir el progreso al espíritu humano. Pero a condición tan sólo que en este trabajo siempre renaciente, la ciencia se someta a la disciplina del sentido común; luego, llegada a su término, que lo reencuentre y lo restituya. Este no ha frenado su impulso, pero la espera al regreso para confundirla si se ha descarriado; no le ha indicado la profundidad hasta donde su osadía ha pretendido descender, pero circunscribe con antelación su examen en el círculo infranqueable de las verdades que abarca. Estas verdades son el fondo eterno sobre el cual trabaja la ciencia: ella lo penetra y lo revierte sin cesar sin otra libertad que la de cambiar su aspecto y bajo la condición de no exceder en nada sus límites.

La forma científica de la verdad es superior a su forma vulgar con toda la superioridad de la claridad sobre las tinieblas, del orden sobre el caos; pero la diferencia se encuentra íntegramente en la forma: el fondo es y debe quedar el mismo. Por esto la ciencia que opera sobre la forma, es progresiva, mientras que el sentido común no lo es<sup>7</sup>.

Se puede ahora tener una idea, si he conseguido hacerme comprender, sobre lo fuerte y lo débil de una pretensión, común en nuestros días a una clase numerosa de gentes engréidas, la que no merece ni nuestro respeto, ni nuestro desprecio. Extraño a la ciencia, el mundo se atribuye sin embargo el derecho de juzgarla; pleno de confianza en su sagacidad instintiva, se pronuncia sin apelación sobre la verdad o falsedad de las teorías filosóficas y arroja sobre ellas el elogio o la censura, según el capricho de sus simpatías. ¿Debe la ciencia suscribir a sus sanciones y sometiéndose a ello, consagrar su competencia? Si y no, a la vez; no debe ni aceptarla, ni repudiarla completamente. Si se trata

sólo de apreciar el conjunto de un sistema y los resultados generales en los que se resuelve en definitiva todo el trabajo de la reflexión, cada uno entonces puede constituirse en juez por el derecho incontestable que confiere a todo hombre su cualidad de ser razonable. El sentimiento de todos, en efecto, es también y antes que todo el sentimiento de cada uno; y como no puede haber otra cosa en la colección que no haya estado antes en los elementos particulares de los que ella se compone, si la suma de todos los sentimientos individuales es la verdad, cada uno de estos sentimientos tomado aparte la contienen también; de otro modo ¿cómo de la reunión de diversos testimonios engañosos, sería posible obtener un testimonio verdadero? Todo hombre lleva pues en sí y refleja en proporciones más pequeñas el sentido común de la humanidad; y a la luz de esta verdad involuntariamente concebida, precisamente porque es involuntaria e impersonal y solamente bajo este título y en cuanto está marcada con estos caracteres, está investido del poder de juzgar a la ciencia. Pues se pronuncia entonces no en su nombre, sino en el nombre del sentido común, es decir, en nombre de una autoridad superior a toda autoridad personal; en nombre de la verdad y de la razón, que está en todos, bien que no pertenece propiamente a nadie sino sólo a Dios. Es pues legítimamente como el mundo impone a la ciencia, bajo pena del ridículo o del desdén público, la condición de un acuerdo necesario entre los principios que profesa y las convicciones que él mismo practica; y es legítimamente también cómo el mundo hace justicia mediante su indiferencia o su desprecio, a sistemas que repugnan a sus creencias. Favorable o contraria, la sentencia que el mundo pronuncia no exige otra justificación que esta repugnancia instintiva y que esta falsedad más bien entrevista que captada en los resultados de la ciencia y más sentida que probada. Digo más, no sufre otra. Su justicia debe ser una justicia expeditiva que no tiene ni el deber, ni aun el derecho de informarse de las pruebas o de motivar sus sentencias; se pronuncia y es necesario que le baste con pronunciarse. Cuando en lugar de atenerse a este papel, el mundo quiere ir más lejos; cuando no contento con el poder de decidir que la ciencia le permite, pretende él mismo instruir el proceso, descender hasta el fondo del sistema para probar los argumentos y controlar las razones, sobrepasa sus poderes y a su vez se expone a los justos desprecios de la ciencia que puede decirle lo que decía a un artesano presuntuoso aquel pintor de la antigüedad: *Ne sutor ultra crepidam* [zapatero a tus zapatos...]. El artesano, hombre del mundo, el vulgo, en una palabra, es juez de las teorías de la ciencia como de las obras de arte. Pero es sólo el conjunto y no los detalles, menos aun los

procedimientos que el arte o la ciencia emplean para producirlo, lo que cae bajo su apreciación; todo lo demás le escapa: así por lo menos lo dice el refrán que acabo de recordar. Allí donde comienza el oficio de la reflexión y del análisis, allí expira la competencia del sentido común y al mismo tiempo la del mundo que lo posee y que no lo sobrepasa. Más allá no hay más que lugares inaccesibles al vulgo; la ciencia reina allí como soberana y no reconoce otros jueces que sus iniciados y aquellos a los cuales ha descubierto sus secretos. Sería extraño, en efecto, que el vulgo, que no reflexiona, fuera llamado a dirigir la reflexión cuyo uso ignora; que el sentido común que no distingue, sea consultado sobre la oportunidad de las distinciones del análisis: sería lo mismo que pedir opinión a los ciegos respecto de los colores. En todo la medida supone una unidad y esta unidad debe ser de la misma naturaleza que las cosas que se comparan con ella; de modo que no se puede estimar únicamente con el sentido común el valor de los procedimientos científicos, tanto como no se podría con el metro medir un peso, o con el gramo una longitud. La ciencia, en tanto que ciencia, se deja controlar tan sólo mediante una crítica ilustrada y sabia, tanto más ilustrada y sabia cuanto es ella más profunda. Sed pues mesurados en el elogio y sobre todo circunspectos en la crítica, vosotros todos que, viviendo en medio del mundo, en una esfera extraña a la ciencia, le dispensáis con una temeraria seguridad vuestra aprobación o vuestra censura; vosotros, por ejemplo, filósofos improvisados, cuyas doctas decisiones rebajan o elevan los sistemas y la gloria de sus autores. La filosofía, como todas las artes que dependen de ella, es una ciencia de la cual el vulgo no posee más que los primeros elementos y el trabajo perseverante de la reflexión que los construye y los mejora es también el aprendizaje necesario de la crítica que los juzga. Aun si el mundo se limitara a expresar el juicio del sentido común, aquél por lo menos, en los límites ya determinados de su autoridad, sería legítimo y sagrado. Pero lo que el mundo opone a menudo a las teorías de la ciencia, son otras teorías, reflexivas como ellas y por consiguiente como ellas, inciertas; con esta diferencia, en ventaja de las teorías de la ciencia, que en la invención de éstas la reflexión, cultivada por el ejercicio y fortificada por el hábito ha tenido todas sus fuerzas para preservarse en el mayor grado posible del error; mientras que en la creación de aquéllas [vale decir, las "opiniones del mundo"] la reflexión ha estado desatenta y distraída y no ha podido escapar a las trampas que la acechan. A un resultado dudoso se aplica para asegurarse de su verdad, un resultado más dudoso aún, como si fuera dado a las miradas superficiales de la multitud, ver mejor lo que el ojo ejer-

citado no ha sabido posiblemente aclarar. En materia de verdad sólo hay dos potencias legítimas, el sentido común, por un lado, que pone los principios y la reflexión por el otro, que los profundiza y los comenta. Entre ambos están las opiniones del mundo que participan de lo uno y de lo otro, de la ignorancia del sentido común, puesto que no son debidas a un estudio suficientemente serio, de la incertidumbre de la reflexión, puesto que no son ya espontáneas y que no tienen ni la verdad de aquél, ni la profundidad de ésta. Estas opiniones son el peor de todos los sistemas y son ellas sin embargo las que se arrojan con la mayor confianza el derecho de juzgar a los demás. La verdadera ciencia prosigue su ruta sin inquietarse por sus clamores confusos y sólo recibe advertencias de sí misma o del sentido común.

Me queda ahora, luego de haber demostrado la certidumbre de las soluciones del sentido común, interrogarle sobre las cuestiones principales que la ciencia, por su parte, promueve y resuelve. Como podrá verse, la respuesta no es jamás equívoca, pero debido a que no es expresada en el lenguaje preciso de la abstracción y también porque el hábito de escuchar a cada instante del día la voz del sentido común nos ha hecho insensibles, como sucede con esos ruidos que repercuten de modo continuado en nuestras orejas, la desconocemos frecuentemente. Si llegara pues a obtener aquí estas respuestas y a traducirlas en términos más claros y menos familiares, habré prestado, si no me equivoco, un servicio a la ciencia: habré fijado las verdades fundamentales que deben ser su regla eterna, los principios inmutables que la reflexión habrá de profundizar de más en más a condición de no abandonarlos nunca reuniéndolos en un apretado cuadro.

Entre las cosas que se plantea la curiosidad humana, no hay otra posiblemente más antigua, más diversamente resuelta, más célebre por la vivacidad de los debates que ha provocado en la historia y más grave por la extensión de las consecuencias que su solución acarrea, que la cuestión de la certeza. ¿Es engañadora la inteligencia del hombre? ¿Puede fiarse de su testimonio o es necesario rechazarla como una mentira? ¿Es necesario creer? ¿Es necesario dudar? Y si es necesario creer, ¿es a todas las facultades del espíritu sin excepción o sólo a algunas? Según la naturaleza y el sentido de la respuesta, la ciencia humana estará justificada o condenada, entera o en parte; el espíritu humano deberá proseguir su incesante búsqueda de la verdad o resignarse a una ignorancia parcial o total. Es en este terreno donde se ha debatido, en todas las épocas de la historia de la filosofía, la querrela que aún no se ha apagado del dogmatismo y del escepticismo, uno afirmando y el otro ne-

gando la certeza de la inteligencia. El dogmatismo mismo que es tal vez suficientemente sabio como para no ser exclusivo, se divide en esto en sistemas diferentes y opuestos que, a su vez, emprenden la lucha, éstos por la razón como única digna de fe, contra la experiencia en cuanto que no proporciona más que ideas variables o quiméricas; aquéllos, por la experiencia contra la razón y entre éstos últimos aún, algunos por la experiencia de los sentidos solamente, en detrimento de la conciencia. Apenas nacida la filosofía griega, ya la escuela jónica proclama la autoridad de la experiencia, atacada por la escuela itálica que por su parte no reconoce más que la autoridad de la razón. Pero como ninguna de estas facultades tiene títulos más legítimos que la otra respecto de nuestra confianza, el debate termina pronto en el escepticismo absoluto de los sofistas. Sócrates que reforma esta situación, engendra, sin embargo, al dubitativo Pirrón, cuya doctrina escéptica, luego de haber sido renovada la disputa de la razón y de la experiencia entre Platón y Aristóteles, será a su vez desarrollada y elevada a su forma más alta por Sexto Empírico y por Enesidemo, los que cada uno a su modo trabajarán en la destrucción de la certeza. En los modernos, el mismo espectáculo: Descartes acusa a los sentidos de infidelidad y no se fía más que de la conciencia y de la razón; Bacon rechaza a ambas y no escucha más que a los sentidos; de allí, el sensualismo de Locke, exagerado más tarde por Condillac, el idealismo de Berkeley, llevado pronto por Hume al escepticismo universal. En medio de este reinado del escepticismo aparece la escuela escocesa y ¿qué les opone? El sentido común. Siguiendo su ejemplo vamos a deliberar sobre este punto tan disputado.

El sentido común no piensa ni aún plantearse este problema que ha dividido la filosofía tanto tiempo. Pero la humanidad a la que el sentido común ilustra, dirige, habla y obra y en su conducta, tanto como en sus palabras, está implícitamente contenida la confesión de una firme confianza en nuestras facultades de conocimiento, sin excepción ninguna y, por tanto, la condenación del escepticismo como también de todo dogmatismo exclusivo. En todas partes y siempre, en efecto, el género humano ha conformado su conducta al testimonio de sus sentidos, buscando las cualidades útiles o evitando las cualidades dañosas de los cuerpos. El paisano, tanto como el hombre más cultivado, el habitante de un país salvaje, tanto como el de nuestras ciudades, afirma a cada instante con una seguridad que excluye toda hesitación y no es quebrada por la más ligera duda, que sufre o que goza, que ama, que desca, que sueña y recuerda, que imagina o razona, que quiere y resuel-

ve; negarle la realidad de todas estas operaciones que su conciencia le muestra y cuya presencia enuncia, sería a sus ojos el signo cierto de una locura que difícilmente concebiría. Y por otro lado, ¿no saben claramente todos los hombres que hay un lugar que contiene los cuerpos, un tiempo en el cual los sucesos se cumplen, una causa para todo fenómeno que se produce, un sujeto de toda cualidad? ¿No creen, todos sin distinción, en el testimonio de la facultad que les enseña todo esto y que la filosofía designa con el nombre de *razón*? La razón, la experiencia, los sentidos y la conciencia, son pues, a ojos del sentido común, otros tantos testigos verídicos, cuyas declaraciones no tienen necesidad de pruebas y no admiten control. Si ahora algunos hombres, en contra de este unánime consentimiento de la humanidad, descarriados por el espíritu de sistema, se levantan contra la veracidad de estas facultades o de una de ellas, la excepción, aún cuando sea real, no podría prevalecer contra la regla. Pero esa excepción no es, por otro lado, más que aparente: lo hemos dicho, los escépticos más decididos desmienten su teoría con su práctica y la buena fe de su duda no se sostiene frente a la necesidad de obrar donde les impulsan estas necesidades que, sin embargo, niegan y estas verdades que califican pomposamente de prejuicios vulgares. Los sentidos no tienen en nuestros días muchos detractores; pero la conciencia cuenta aún más de uno: a aquéllos, como Reid a los escépticos de su tiempo, nos contentamos con oponer el sentido común y sus propios actos que son un formal y continuo desmentido de su sistema; les preguntamos qué significa el hábito que tienen de buscar un desahogo para la pena que experimentan, una razón para los pensamientos que conciben, un motivo para las determinaciones que toman, si no están seguros de pensar, de querer y de sentir y si estos hechos, que la conciencia les informa, no tienen nada de real ante sus ojos. La inteligencia y todas nuestras facultades merecen nuestra confianza: he aquí, pues, la primera verdad que tomamos al sentido común para imponerla a la ciencia, quedando para ésta la tarea de buscar los fundamentos mediante el análisis, de derribar mediante el examen, si se siente con esta fuerza, las razones del escepticismo parcial o total. Cualquiera que sea el éxito de este trabajo, nos negamos desde ya a desprendernos de la certeza: ella nos es inalienablemente adquirida. Si por otro lado, para criticarla tuviéramos que ponerla por un instante en cuestión, la crítica sería pronto imposible o sin valor, puesto que no

tenemos para juzgar esta inteligencia, más que a ella misma que debe ante todo ser supuesta como cierta para examinarse a sí misma con alguna seguridad.<sup>8</sup>

Resuelta afirmativamente la cuestión de la certeza, todas las verdades que nos entregarán desde ahora en adelante por sí mismas y espontáneamente estas facultades demostradas como legítimas, nos están garantidas con anticipación. Sin intentar agotar aquí su lista, trataré por lo menos de extraer aquellas cuya misma importancia las ha expuesto a menudo a los ataques del sofisma, al mismo tiempo que en razón de esa importancia se nos presentan como especialmente interesantes y habré alcanzado este fin, creo, si consigo probar por el sentido común, las cuatro veredades siguientes:

- 1º La ley moral;
- 2º La libertad humana;
- 3º La existencia de Dios;
- 4º La inmortalidad del alma.

Existen en todas las lenguas, palabras que expresan lo que llamamos *justicia* o *injusticia*, *deber*, *obligación*, *moralidad*, *virtud*, *generosidad*, *afecto*. Existe, por consiguiente, en todos los espíritus, la idea de un principio que califica las acciones humanas o de una ley que se impone a nuestra conducta. Si todos los hombres conciben, naturalmente, esta idea o lo que es lo mismo, si todos emplean los términos que designan sus diferentes aspectos, negar su realidad es desconocer el sentido común. Por otro lado, sólo se puede hacer esto bajo una condición, la de renegar con el principio de todas las consecuencias que derivan de él; y como la evidencia que los envuelve es tal que la duda más intrépida no se atrevería a atacarlos, es necesario, junto con sus consecuencias que tienen igualmente nombres en todas las lenguas y cuya verdad es consagrada por el sentido común, nuestro juez, reconocer el principio que allí se encuentra implicado. ¿Se negará, por ejemplo, el hecho del remordimiento? ¿Y qué cosa es el remordimiento, sino esta pena interior que nos suscita una acción vergonzosa y mala? En todas partes se estima y se desprecia, se alaba o se vitupera; lo que la estima y la alabanza encierran es y no puede ser otra cosa que el bien; y lo que el vituperio y el desprecio acusan no puede ser además otra cosa que el mal. Todas

8 — REID, *Recherches*, etc., cap. II, parágrafo 5. Trad., Tomo II, página 52.— Cf. *id. ibid.* cap. V, parágrafo 7. Trad., Tomo II, p. 120.— Cf. *id. Ess. sur les fac. intell.* cap. 2, Trad. Tomo III, página 48, 50 y 55.— Cf. Jouffroy, *Mélanges philosophiques*, pág. 211 y sig.— Cf. *id. Cours de droit naturel*, 9ª Lección, página 243.

las sociedades reservan para ciertas acciones, penos y suplicios; para otras, por el contrario, disciernen recompensas y honores. Suprimid el bien y el mal, la recompensa se convierte en una medida pueril, el castigo en una barbarie sin justificación. Que los detractores de la moralidad humana elijan pues, o negar todos estos hechos y al mismo tiempo sacar del vocabulario de todas las lenguas las palabras que los expresan como signos de valor, resolviéndose a no usarlos ellos mismos jamás, o acordar la existencia de las distinciones morales que suponen: la alternativa es forzosa; una sola de estas palabras conservada, uno sólo de estos hechos reconocido, equivale al rechazo de sus pretensiones insensatas, negación a donde los llevará obligadamente, por otro lado, la verdad, cualquiera sean la energía y la sinceridad aparente de sus impulsos sistemáticos. Que desciendan en efecto un instante en su conciencia y si no encuentran allí algún arrepentimiento, si no encuentran algún sentimiento de generosidad o alguna admiración por el afecto de otro, no son hombres. La justicia y la virtud no son pues, un prejuicio, puesto que no hay prejuicio universal. A aquellos que intentaran resolverlas en la utilidad, opondría yo aún el sentido común y las lenguas que no confunden jamás estas dos cosas y cuyas distinciones, sin embargo, no podrían ser sospechadas, porque es necesario para que el sentido común las perciba, extraño como es al uso del análisis, que la realidad misma se las sugiera. Les preguntaría cómo puede ser si lo justo no es otra cosa que lo útil, que todos los hombres distingan tan sólo como hábil y prudente una conducta que tiene por principio nada más que lo útil, de aquella que la justicia dirige y a la que únicamente califican de honorable, sin tener en cuenta sus consecuencias felices o molestas; y sobre todo por qué el honor exige tan a menudo el sacrificio del interés, si el interés no difiere del honor.<sup>9</sup>

Los mismos hechos y otros aún atestiguan con una igual evidencia la libertad del hombre. La ley en efecto supone la libertad; el deber supone el poder. Sin el conocimiento de una ley, la libertad es un don inútil, como sin la libertad la ley es un orden contradictorio y absurdo: éstas son pues, las dos verdades que se sostienen e implican mutuamente porque son dos atributos que pertenecen en conjunto o que faltan al mismo tiempo a los mismos seres; por tanto, todo lo que sirve para probar al uno, sirve también para probar al otro. Sería una locura inexplicable y extraña, en efecto, arrepentirse o felicitarse de una acción mala o buena, sin haber tenido la libertad de abstenernos de ella. ¿Quién sería

9 — REID, *Ess. sur les fac. intell.* Ensayo III, part. 3, cap. 5 y 8; pág. 141 y 168 del tomo VI de la traducción.

tan demente como para vituperar o alabar a un hombre por haber obrado de modo forzoso? No he merecido recompensa si no he hecho más que obedecer, sin querer, a un impulso irresistible; y si mi mano ha cedido a la compulsión hundiendo un puñal en el seno de mi semejante, la falta que castigáis no está en mí, sino en aquél que ha dirigido mi brazo. Se renuncia pues, a la *imputabilidad* de los actos cuando se renuncia a la libertad humana. Se ha tachado además como absurda la costumbre común a todos los pueblos de la tierra, de gobernarse mediante leyes. Buena o mala, natural o arbitraria, la legislación que prescribe a todos los hombres una regla de conducta, reconoce en ellos el poder de conformarse a la misma, de otro modo, o la fatalidad que los domina les lleva necesariamente en la dirección fijada por la ley y entonces ésta es insignificante e inútil, o su conducta necesaria está en oposición con las prescripciones de la ley y entonces aún la ley es inútil, puesto que es impotente y se convierte además, como lo decíamos recién, en absurda y contradictoria. No es todo aún: aquel que niega la libertad del hombre suprime de la vida habitual sus prácticas más comunes; nada es más justificado que esa libertad para trazarse un plan de conducta para el porvenir, para deliberar la víspera acerca del empleo del mañana; la más ligera división que escinda la resolución de la acción, hace la primera irracional o vana. Una promesa, un contrato, se convierten en una obligación precipitada si aquel que la suscribe no se siente libre para cumplirla y la confianza del que la acepta, en un acto de demencia si no cree en esta libertad. Y ¿dónde está el fatalista que no promete alguna vez y no se fía de la promesa de los otros? No multiplicaré estos ejemplos: los que he citado me autorizan suficientemente a inscribir al lado de la ley moral, en el número de las indestructibles verdades del sentido común, la libertad humana.<sup>10</sup>

Quedará ahora en manos de la ciencia aclarar estas verdades mediante el análisis y la reflexión; descomponer, por ejemplo, la ley moral en los principales axiomas que encierra, reducir y expresar estos axiomas, para luego aplicarlos a las circunstancias infinitamente variadas de la vida humana y obtener, mediante una deducción rigurosa todas las consecuencias prácticas que contienen; buscar, por otro lado, los modos diferentes del desarrollo de la libertad y el grado en el que ella se lleva a efecto en cada uno de sus modos; distinguir en el cortejo de los hechos que acompañan la determinación voluntaria, aquél en el cual ella reside. Luego, armándose de la crítica, sopesará las objeciones, apreciará

10 — REID, *Ess. sur les fac. activ.*, Ensayo IV, cap. VI, trad. Tomo VI, pág. 235, 240 y sgs.

las conclusiones que se extraen contra la unanimidad habitual de las decisiones morales de algunas disidencias solamente aparentes, o la influencia quimérica que el fatalismo concede a los motivos por sobre las resoluciones humanas. Tal es la tarea y el deber de la ciencia y es por ahí que sobrepasa el alcance del sentido común, respetándolo y no mediante un impulso sin regla que iría a buscar fuera de la verdad vulgar una novedad estéril o peligrosa.

No tendría necesidad de insistir mucho para colocar entre los *dogmas* del sentido común la creencia en la existencia de Dios. La universalidad de esta creencia resplandece muy manifiestamente en el hecho universal que la señala y que ella explica, me refiero a las religiones. Menos aún me veré obligado a detenerme para disipar la duda poco seria que se intentaría apoyar en la incontestable diversidad de las creencias religiosas y de las prácticas que implican. ¿Quién no ve, en efecto, que esta diversidad totalmente externa, puesto que sólo se refiere a la forma y no afecta nada más que la superficie, es primero, la consecuencia necesaria de los tiempos y de los lugares o más generalmente de las circunstancias; y que, por otro lado, en su progreso histórico representa fielmente sobre una escena más vasta y en proporciones más grandes, el progreso y las metamorfosis sucesivas que sufre en el espíritu de cada uno de nosotros la noción de causa exterior, para elevarse poco a poco, como todas nuestras ideas, las más sublimes y las más humildes, de su forma infantil a su más alto grado de abstracción y de pureza? Y aún la disidencia no va tan lejos como lo haría creer una mirada superficial; la unanimidad del género humano no se manifiesta solamente en la concepción común de un Dios: reconoce aún a este Dios ciertos caracteres con los que le reviste en todos lados y siempre; y estos caracteres son aquellos mismos que constituyen principalmente su esencia y que nos interesa antes que todo afirmarle. El Dios del sentido común, en efecto, no es un Dios sin nombre, una existencia imprecisa y vacía de todo atributo; es un Dios providencial, un Dios de sabiduría y de bondad que ha ordenado el universo, que gobierna como legislador tanto el mundo moral como el mundo físico y que, bajo estos títulos, merece y obtiene en todos los lugares y en todas las épocas de la historia, la veneración y el reconocimiento de los hombres. Dios, con sus atributos fundamentales, es pues, repito, una de las creencias del sentido común: como todas las otras, impone a aquéllos que sistemáticamente la rechazan, más de una contradicción de la que se salva el hombre cuando éste elimina de sí al filósofo; el ateo, si en serio lo ha habido alguna vez, rinde sin embargo a este Dios que niega, aún cuando más no sea con

un gesto y por lo menos en las circunstancias solemnes de su vida, una especie de culto involuntario que no es menos que un desmentido de su sistema y un homenaje a la verdad. Por lo demás, la humanidad cree en Dios con los mismos títulos y el mismo fundamento que cree en el mundo y en los cuerpos: de ambas partes hay la percepción directa de una existencia exterior a nosotros, allí por intermedio de los sentidos, aquí sin este intermediario; a esto se limita la diferencia y es equivocadamente, según me parece, que se repite que la existencia de los cuerpos es una verdad de observación, mientras que la de Dios es una verdad de razonamiento. Únicamente que lo que el sentido común acepta sin examen y sobre la fe de una revelación inmediata de la razón, la filosofía lo pone en cuestión y el problema, una vez instituido, lo descompone en virtud de su derecho de análisis para considerar sucesivamente sus diferentes facetas; luego da bajo la forma de la argumentación silogística la solución de cada problema particular que resulta de este análisis. Pero la forma del procedimiento nos engaña sobre su verdadera naturaleza si creemos hacer otra cosa, *probando* la existencia de Dios, que constatar un hecho y, estableciendo sus atributos, librarnos a un trabajo de otro género que el del físico que enumera las cualidades de la materia.

En fin, sin abandonar el hecho que acabo de recordar, encuentro aún allí la demostración, por la autoridad del sentido común, de la inmortalidad del alma. En todas las religiones, en efecto, se encuentra bajo formas infinitamente variadas el dogma en el fondo siempre idéntico de una vida futura, donde una justicia superior y equitativa reparará los errores de la justicia humana y corregirá el desorden de esta vida. Cada pueblo concibe a su manera, los castigos que alcanzan al crimen impune sobre esta tierra, como las recompensas prometidas a la virtud ignorada u oprimida y las acomoda al capricho variable de sus gustos que le son propios y al punto de vista de una civilización más o menos avanzada. Pero desde el salvaje que lleva a la tumba su arco y sus flechas para cazar eternamente en las selvas del Gran Espíritu, hasta el cristiano que ambiciona contemplar a Dios en toda su gloria, todos creen en él sin excepción; y no hay evidentemente otra cosa bajo el símbolo antiguo y transparente de los Campos Elíseos y del Tártaro, como en las alegrías, más materiales posiblemente, prometidas por Mahoma al verdadero creyente y como en las penas con que éste mismo amenaza la incredulidad y el vicio. Podría agregar, si no temiera fatigar mediante repeticiones permanentes la atención de la Academia, que tanto sobre este punto como sobre los otros, la verdad es también más fuerte que las pretensiones sistemáticas más acabadas. Me bastan como prueba, en-

tre muchas otras, únicamente estos sentimientos irreflexivos que prueban al intranquilizarnos y a despecho de nuestras dudas un conocimiento por lo menos confuso y vagamente percibido de una vida futura; esta dulce esperanza que viene a consolar la infelicidad, estos temores que espantan la vida entera y sobre todo los últimos instantes del criminal. Me apresuro pues, a sacar esta última consecuencia: que la inmortalidad del alma no es simplemente una opinión probable, sino una verdad cierta, a saber, una verdad del sentido común.

Concluamos ahora: si el principio que he puesto fuera admitido y si se adoptara conmigo la regla que la lógica más escrupulosa como el más simple buen sentido sacan invenciblemente de la comparación del sentido común con la ciencia, la filosofía quedaría para siempre salvada de los temibles escollos en los que ha caído tantas veces: preservada de la negación del escepticismo por la certeza, imposible de destruir, de la inteligencia; asegurada para siempre por el libre arbitrio contra la extravagante locura del fatalismo y contra la vergüenza del materialismo y del ateísmo, por la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. He presentado en estas pocas palabras la lista de las verdades fundamentales de la ciencia del hombre, al mismo tiempo que la enumeración de sus más grandes y más frecuentes descarríos. En nombre del sentido común opongo a la ciencia estas verdades como crítica de sus errores y como su salvación. Las opongo sobre todo a ese falso sentido común o a esta falsa ciencia del mundo que, por ser algo reflexiva, cree poder usurpar los derechos del verdadero sentido común, y por no serlo suficientemente, cae más a menudo que todos los sistemas en los desvíos donde se pierden algunas veces estos últimos. En ciertas épocas y principalmente tal vez en la nuestra, el mundo —y entiendo por tal esta porción cultivada de la nación que sin elevarse hasta la ciencia no se mantiene sin embargo en la ignorancia del sentido común— ostenta entre sus principios o por lo menos en sus actos, una especie de desprecio sistemático de las verdades más altas. El desinterés, la generosidad, los sentimientos más nobles no son, si se lo escucha, más que hermosas quimeras que esconden bajo nombres fastuosos el amor propio y el interés; ceer en Dios se convierte en una ridiculez estimable que la burla no siempre respeta y no es de buen tono esperar luego de esta vida, una vida mejor. El mundo ha relegado todas estas creencias, dejándolas solamente como un freno útil para la ignorancia y para la infancia, en el número de los prejuicios populares. Es, sin embargo, en estos prejuicios donde reside la verdad: ella está allí o en la verdadera ciencia, reglada y contenida por el verdadero sentido común y no en esta ciencia imperfecta

que no es ni la verdad popular, ni la verdad filosófica, sino tan sólo la débil obra de una reflexión desatenta e inhábil. Sin inquietarse pues por estos juicios del mundo, que la ciencia obre y luche; que el análisis descomponga sin cesar la oscura síntesis del sentido común, para sustituirle una síntesis más clara que un nuevo análisis descompondrá y aclarará a su vez. Siempre que a su término la ciencia humana, reencontré con la certeza, la moralidad y la libertad, Dios y la vida futura, sin perder la verdad que funda su valor, obtendrá de este trabajo la profundidad que es su ambición y su privilegio. Entonces verdaderamente de acuerdo con la humanidad, podrá aspirar a conducirla; entonces, en efecto, descendiendo de las alturas de la abstracción sobre el teatro de los acontecimientos reales, encontrará en lugar de un mundo extraño y rebelde, sujetos dóciles que reconociéndose en ella y sólo encontrando bajo formas más puras y en una más alta potencia lo que está en ellos mismos, aceptarán sin temor y sin protesta su dominación legítima. Pues, bajo la condición de representar el sentido común y en cuanto que ella avanza más lejos que él en el conocimiento de los procedimientos y de los medios, la ciencia es realmente dueña del mundo; si, por el contrario, abandona el sentido común, la humanidad despreciada en sus creencias la abandonará a su vez y el buen sentido público, confiado en su sagacidad instintiva y en su conocimiento ciertamente confuso pero más exacto que lo que la ciencia le sugiere respecto del verdadero fin de las sociedades, o resistirá la autoridad ilegítima que ella quiere usurpar, o se someterá por un instante a sus expensas, pero para rechazarla luego de una experiencia breve.

No terminaré sin mencionar la fuente de las consideraciones que preceden y sin confesar humildemente, cosa que sin duda habrá sido notada, lo poco que me pertenecen. A la escuela escocesa, a Reid su fundador, corresponde la gloria de haber sido el primero en rehabilitar el sentido común y haber proclamado altamente, aún con el título de sus obras,<sup>11</sup> su autoridad en materia de filosofía. Pero ha faltado a esta primera apología razonada del sentido común, como a todas las teorías de los filósofos escoceses, una cierta profundidad en el análisis y un cierto conjunto en la exposición, que son sin embargo necesarios, para que se realice en toda su luz y de vele todas sus consecuencias, aún para un principio verdadero y fecundo. Y si más tarde una escuela francesa y nueva, ya gloriosamente conocida, importando entre nosotros la filoso-

11 — Recherches sur l'entendement humain, *d'après les principes du sens commun*.

fía escocesa ha aclarado y ampliado este principio, queda aún posible-mente por reunir en conjunto los puntos de vista diseminados, por así decirlo, aquí y allí, en obras de una extensión considerable, para obtener nuevas consecuencias de su reunión; presentar aquí como principal lo que era allí accesorio e intentar una enumeración por lo menos rápida de las principales verdades del sentido común. Tal es lo que he tratado de hacer y me consideraré muy feliz si entre los miembros de esta Academia, aquellos que han escrito sobre este tema, han podido reconocer las ideas que tengo el honor de haber extraído de sus obras o recogido de su exposición oral, bajo el desarrollo de mis formas y sin encontrarlas demasiado desfiguradas; bastaría para mi ambición, haber agregado algo y ser respecto de la Academia, un intérprete inteligente.<sup>12</sup>

AMADEO JACQUES  
Agrégé de philosophie

12 — Agrego aquí a las indicaciones especiales dispersas a lo largo de la Memoria, las indicaciones generales que no he tenido ocasión de mencionar: REID, *Ess. sur les fac. intell.*, Ensayo II, cap. XX, tomo IV, pág. 13 de la traducción.— COUSIN *Fragm. philos.*, prefacio de la segunda edición, página XXIV. *Id.*, prefacio de la primera edición, pág. 41 y siguientes de la segunda edición.— JOUFFROY, *Mélanges philos.*, art.: “De la philosophie et du sens commun”, p. 135-157.